

## Capítulo 4 – *Renacimiento* el soldado se reconstruye

Sebastián Quiroga Cubides

SciELO Books / SciELO Livros / SciELO Libros

QUIROGA CUBIDES, S. Renacimiento: el soldado se reconstruye. In: *Reinventar un héroe*. Narrativas sobre los soldados rasos de la guerra de Corea [online]. Bogotá: Editorial Universidad del Rosario, Escuela de ciencias humanas, 2015. Opera prima collection, pp. 159-196. ISBN 978-958-738-593-9. Available from: doi: [10.7476/9789587385939](https://doi.org/10.7476/9789587385939). Also available in ePUB from: <http://books.scielo.org/id/s2rwx/epub/quiroga-9789587385939.epub>.

---



All the contents of this work, except where otherwise noted, is licensed under a [Creative Commons Attribution 4.0 International license](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

Todo o conteúdo deste trabalho, exceto quando houver ressalva, é publicado sob a licença [Creative Commons Atribuição 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

Todo el contenido de esta obra, excepto donde se indique lo contrario, está bajo licencia de la licencia [Creative Commons Reconocimiento 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

## Capítulo 4

### *Renacimiento: El soldado se reconstruye*

El 13 de agosto de 2012, una de las noticias más destacadas del día fue un artículo que apareció en *El Tiempo*, en su contraportada, con un título provocativo: “La historia del veterano de guerra que fue rescatado de un basurero”. El texto de la periodista Sally Palomino Carreño relata cómo la Policía encontró en Soacha, al sur de Bogotá, en condiciones deplorables, al ex combatiente Hernando Piñeros, quien luego fue asistido por los miembros de la Asociación Colombiana de Veteranos de la Guerra de Corea (Ascove).<sup>1</sup> Piñeros participó como cabo primero en la guerra y fue instructor de sanidad del tercer pelotón, aquel que combatió en Old Baldy. En este artículo se aprecia la disputa que tienen en la actualidad los excombatientes de rangos bajos con el Estado colombiano por reconocimiento y recompensas después de la guerra. En el capítulo I vimos cómo García Márquez relató el incumplimiento de esas promesas. Sesenta años después la disputa se ha agudizado. Esto afecta la forma como se recuerdan hoy los combatientes y la manera en que narran la historia. En este capítulo veremos cómo los soldados se han representado

---

<sup>1</sup> *El Tiempo*, 13 de agosto del 2012.

a sí mismos después de la guerra y cómo esta construcción refleja una dimensión diferente de la organización militar, no tan rígida y jerárquica, donde los individuos tienen agencia y control de ciertas situaciones más allá del esquema orgánico del Ejército narrado por oficiales y la mayoría de la historiografía académica. Los soldados dejaron de ser *objetos* de la historia y se convirtieron en *sujetos* de esta.

En los textos del Ejército y las memorias de los oficiales, el soldado ha aparecido mediado según los intereses de quien narra. Después de la guerra, se escucharon algunas voces de los soldados en diferentes publicaciones. En la *Revista Militar*, en 1957, aparece el relato del soldado Gabriel Londoño acerca de la toma del Cerro 400, el 21 de junio de 1952. Esta operación se conoció bajo el nombre de “Climber”, y consistió en un ataque a un puesto de avanzada del enemigo, más allá de la línea de combate, es decir, dentro del territorio de Corea del Norte. Esta batalla es recordada porque los militares estadounidenses, ante la forma de combate de las tropas colombianas, decían “*They are crazy!*”. El Batallón recibió la felicitación de parte del comandante del Octavo Ejército de los Estados Unidos y de las tropas de la ONU en Corea, el general James Van Fleet.<sup>2</sup> El soldado Londoño relata así la actuación de la tropa durante la toma:

Fue en aquel instante cuando del grupo de soldados se desprendió una sombra; un soldado que con arrojo y decisión

---

<sup>2</sup> Gabriel Puyana García. “Operación Climber: ataque al Cerro 400”, en *En Corea por la libertad y la gloria*, 266-268.

se levantó y avanzando a través de las posiciones enemigas, sin importarle la metralla que caía a sus pies tratando de impedirle el avance, fue a clavar el tricolor colombiano en la cima del cerro. Había nacido en ese instante el nuevo Girardot de nuestra época; aquel soldado, aquel pequeño boyacense, con la sangre india en sus venas, con aquel corazón lleno de patriotismo, con el coraje heredado de sus gloriosos antepasados, había efectuado una hazaña nunca vista en los anales de la guerra de Corea.<sup>3</sup>

El relato tiene las características que ya veíamos como típicas en otros relatos de los militares, como la mención del heroísmo o evocar a los héroes patrios. No hay que olvidar que estaba en una revista oficial del Ejército. No obstante, vemos que el soldado del relato era quien tomaba la delantera de la operación, por su propia decisión de ir al frente. También aparece por primera vez, y quizá única, la mención de la ascendencia indígena de los combatientes, tan negada desde los discursos de Laureano Gómez y los militares, quienes solo vinculaban el pasado heroico con la tradición criolla y española. En el relato, los soldados son los protagonistas: toman posiciones, capturan el armamento enemigo.

---

<sup>3</sup> La fuente de este texto es indirecta. Es una transcripción que aparece en el libro: Pablo E. Torres Almeyda. *Colombia en la Guerra de Corea: impresiones de un combatiente*. Bogotá: Fuerzas Militares, 1960, 60-63. Allí indica que toma esta versión de la *Revista Militar*, N.º. 3, de 1955. No obstante, en la investigación no se encontraron vestigios de este número de la revista. En la Biblioteca Nacional de Colombia están los ejemplares 1-2 y del 4 hasta el 20, en 1960. El soldado al que hace referencia es Pedro Alcántara Pira, muerto por impactos de granada en el estómago luego de esta acción.

Los oficiales arengan, pero no deciden la batalla. Al final del combate, llega un oficial y dice “Cumplida la misión.... vencimos... Viva Colombia”.

En 1960 Pablo Torres Almeyda escribió un libro sobre la guerra. El autor viajó con el octavo relevo, bajo el grado de sargento segundo. Si bien este texto es escrito por un oficial, aparecen transcripciones literales de relatos de guerra de soldados rasos que dan una visión totalmente diferente de su papel en el conflicto. Este libro es de gran calidad, en cuanto a su presentación e introducción de la historia de Corea, atento a las fuentes de donde saca la información; un texto de gran factura en este aspecto comparado con otros escritos por los veteranos. No obstante, no tuvo gran difusión ni reimpressiones. Este escrito se encuentra archivado en la Biblioteca Nacional y no hay copias disponibles en ninguna otra librería o biblioteca pública.<sup>4</sup> En los textos que hablan de la guerra, es mencionado dentro de la bibliografía por algunos, pero es escasamente citado. El texto es dedicado a los oficiales y a los soldados que participaron, y fue escrito durante el Frente Nacional. No en vano, como muchos escritos militares, inclusive en la actualidad, pone en su portada al presidente de turno, en este caso Alberto Lleras.

El libro tiene la transcripción de algunos testimonios de soldados que estuvieron en el frente de guerra en las batallas

---

<sup>4</sup> Las otras copias disponibles están en la Biblioteca Central de las Fuerzas Militares “Tomas Rueda Vargas”, dentro de la colección general y la colección especial “Álvaro Valencia Tovar”. El libro fue publicado por la imprenta de las Fuerzas Militares.

del Cerro 180 y Old Baldy, en marzo de 1953. La primera historia es la de Benedicto Silva García, un fusilero. El relato explica qué tipo de armamento llevaba el soldado: un fusil M-1, cuatro granadas de fragmentación, tres de contusión y una antitanque. En alguna otra parte del texto, Torres Almeyda hace una descripción general de las armas usadas por los soldados, suboficiales y oficiales, donde se ve que los primeros manejaban la mayoría de armas pesadas y de asalto, como es el caso de las carabinas M-1 y M-2, semiautomáticas, de gran poder de fuego, y que facilitaban la movilidad del soldado; ametralladoras Browning .30 y .50, morteros de 45 y 81 milímetros; fusiles sin retroceso 57, 75 y 105 o el M-1 Garand, para destacar las principales armas. En tanto que los oficiales solo usaban pistolas de 45 milímetros, también empleadas por los soldados que tenían la función de apuntadores y asistentes.<sup>5</sup> En Torres la diferenciación entre los oficiales y el resto del cuerpo militar es evidente:

Su comandante puede ser Teniente, Subteniente, Sargento 2º, cabo 1º o 2º. Es de anotar que tanto entre los oficiales como entre los suboficiales, estos son los grados, que, por lo común, con el soldado, hacen la guerra de forma práctica y material en la línea de fuego; los demás grados, de capitán hacia arriba dirigen las tropas teóricamente con base

---

<sup>5</sup> Pablo Torres. *Colombia en la Guerra de Corea*, 100-101. En los anexos del texto de Saúl Rodríguez. *La influencia de Estados Unidos en el Ejército colombiano, 1951-1959*, hay algunas imágenes de este armamento, aunque no especifica allí quién usa esas armas.

en la carta topográfica, en lugares más o menos seguros y a distancia prudencial del enemigo.<sup>6</sup>

El relato del soldado Silva García no está inspirado ni en héroes patrios ni en ideales, como sucedía en los relatos de los oficiales.<sup>7</sup> Durante el ataque al Cerro 180, se describe a sí mismo en una situación desesperada, donde no tenía el control. En su relato, recibe ciertas órdenes de un oficial antes de entrar en acción, pero es él quien decide cómo actuar durante la batalla. En un primer momento, se describe lanzando granadas a diestra y siniestra, según lo considerara necesario. Avanza, retrocede, toma posiciones por su propia cuenta. De pronto, estalla una granada a su lado y una esquirla le abre una herida de diez centímetros en la pierna. Con el fusil hecho pedazos, sin casco y sangrando, es encontrado en una zanja por un grupo de soldados chinos, que lo capturan. Lo llevan a un campamento donde le dan un trato digno —le ofrecen cigarrillos, comida y atención médica—. Silva es llevado a un búnker para curarlo de su herida, que se agravaba por la infección. En un momento entra una granada a la habitación, pero sus captores lo salvan de la explosión arrojándolo al suelo y poniéndolo a cubierto. Luego de tres días, es llevado a un campo de prisioneros y allí se encuentra con dos estadounidenses, un puertorriqueño y dos colombianos, Óscar Noval Durán y Álvaro Robayo, capturados en Old Baldy, batalla ocurrida apenas días después de que

---

<sup>6</sup> Pablo Torres. *Colombia en la Guerra de Corea*, 112.

<sup>7</sup> Pablo Torres. *Colombia en la Guerra de Corea*, 128-133.

capturaran a Silva. Este relato revela a un soldado totalmente diferente, que adquiere protagonismo dentro de la guerra, más allá de las decisiones de la jerarquía militar. Es él quien controla su destino.

Torres Almeyda transcribe otro relato de un soldado que estuvo en Old Baldy, Alcides Mejía, un caldense oriundo de Marquetalia, quien prestó el servicio militar en el Centro de Ingenieros “Caldas” en 1952 y después ingresó al Batallón Colombia.<sup>8</sup> Mejía estaba en el búnker junto a un cabo antioqueño, que le había pedido que no lo abandonara.<sup>9</sup> En un momento el cabo es herido y el soldado tiene que protegerlo. Se le traba el fusil, por lo que el soldado debe luchar solo con la bayoneta. Entran a su posición cuatro chinos, a cierta distancia. Se acerca uno lentamente. Mejía lo apuñala en el estómago y le quita el arma. Salen huyendo los otros y regresan con veinte soldados más que lo acorralan para capturarlo. Uno se da cuenta de que el cabo herido se estaba haciendo el muerto y lo remata, mientras los demás se llevan al soldado malherido a un búnker. En su relato muestra cómo, dentro del grupo de prisioneros, no importaba la jerarquía porque todos se trataban como iguales, sin importar el rango o país de origen. Permaneció cuatro meses y medio en un campo para prisioneros hasta la firma del armisticio. Su dieta era principalmente arroz y jugaba baloncesto para pasar el tiempo. Los captores le propusieron que por cada diez moscas matadas, les daban un cigarrillo. Durante este

---

<sup>8</sup> Pablo Torres. *Colombia en la Guerra de Corea*, 141-144.

<sup>9</sup> Pablo Torres. *Colombia en la Guerra de Corea*, 141.



tiempo, mató 3000 y recibió tres paquetes como paga. Si bien estos datos finales pueden parecer irrelevantes, son una muestra de cómo para el soldado la guerra corresponde a su experiencia vivida. El eje de la narración no está en el papel de las Fuerzas Armadas en el conflicto, sino en su historia personal. Como protagonistas de la historia, adquieren una autonomía dentro de la institución militar, donde escapa al simple cumplimiento de instrucciones.

Oscar Noval Durán, que fue hecho prisionero junto con Álvaro Robayo y Benedicto Silva García, también le dio su testimonio a Torres Almeyda.<sup>10</sup> Noval, de veinte años, era enfermero del puesto de sanidad bajo órdenes del capitán Hernando Rubiano Groot. Llevaba once meses al frente y le faltaban trece días para regresar a Colombia antes de que sucediera la sangrienta batalla de Old Baldy. Su relato nos sugiere una dimensión más amplia de cómo era la vida en Corea para los colombianos: tomaban cerveza y otras bebidas alcohólicas en bares coreanos. Junto con un mexicano, Miqui Sánchez, intérprete de Sanidad, salían a cazar pájaros y los hacían caldo. Le decían “Cantinflas”, por sus cualidades de imitación del actor mexicano. Su narración de Old Baldy comienza con una premonición: en su segundo día de combate, su desayuno fue volado por un tiro de artillería. Los siete primeros días en esta posición fueron difíciles: las patrullas que salían sufrían por la artillería y las minas sembradas. Tenían que estar hacinados en los búnkeres, y dada su función de enfermero debía lidiar con heridos y muertos.

---

<sup>10</sup> Pablo Torres. *Colombia en la Guerra de Corea*, 143-144.

La escena más fuerte de este relato sucedió el 21 de marzo:

A las siete de la mañana me llamó el Teniente [Álvaro] Herrán a curar heridos alcanzados en su bunker por un tiro de artillería; uno de ellos, sentado con las botas en la mano, al moverlo se le cayó la cabeza. Casi me vuelvo loco de ver cuadro tan macabro. Lo sacamos secretamente con el fin de no desmoralizar a nuestros compañeros [...] A las dos de la tarde del 23 de marzo llegó Hernán García [otro soldado] con dos botellas de Ron Cundinamarca traídas de Colombia. Comentábamos: serían los últimos tragos de nuestra vida. La tierra se estremecía y saltaba por el aire ensuciándonos la ropa. Luego caían las mismas papeletas diciéndonos: “¡Váyanse, colombianos!”. Estábamos muy desmoralizados.<sup>11</sup>

Estos relatos subvierten las narraciones idealizadas de los oficiales. La moral estaba por el suelo en esta batalla y no había heroísmo que valiera. El cuadro de este combate, la peor derrota que sufrieron las tropas colombianas, no se había descrito en esta dimensión. La prensa capitalina publicó información de una manera matizada: “Doce muertos y 24 heridos”, informaba un titular de *El Siglo*. “La actuación fue gloriosa, dice Washington. Son falsas las informaciones alarmantes”.<sup>12</sup> “Otra página de gloria”, diría dos días después el mismo diario, publicando las palabras de Rojas Pinilla, aún

---

<sup>11</sup> Pablo Torres. *Colombia en la Guerra de Corea*, 147.

<sup>12</sup> *El Siglo*, 25 de marzo de 1953.

comandante de las Fuerzas Militares, donde hablaba de apenas 18 bajas: “Nuestros soldados dieron prueba de coraje y su valor, y escribieron una página de gloria más para nuestro ejército”.<sup>13</sup> En *El Espectador* también reportaron las mismas cifras de muertos, que eran en ese momento las oficiales, y también aludieron a las declaraciones que exageraban la magnitud del hecho: “Fue una batalla de bastas proporciones, de resultados significativos, pero en ningún caso de la gravedad de que dan cuenta los cables de la prensa”, decía el ministro de Guerra, José María Bernal.<sup>14</sup>

Por el contrario, en el frente de batalla no se sentían tan gloriosos. En el relato de Noval solo se oyen gritos de terror de los soldados: “Gritos y algarabía salvaje se sentía por doquiera a la par del fuego infernal. Unos gritaban: ‘¡Me mataron!’, ‘¡Virgen Santísima!’, otros: ‘¡Ay Dios mío!’”, y caían para siempre”.<sup>15</sup> No aparecen los oficiales ni suboficiales. Son solo hombres, sin distinción de rango, probablemente en su mayoría soldados rasos, que muestran unas relaciones de solidaridad, comparten temores, suplican y se confiesan ante Dios, de cara a una inminente aniquilación por parte de las miles de tropas chinas que atacaban la posición. La avanzada china llegó hasta su posición y capturaron a Noval, junto con otros cinco combatientes. Mientras los sacaban de allá, el cerro estaba siendo bombardeado por toda la artillería y la aviación de las Naciones Unidas, en su intento de no dejar

---

<sup>13</sup> *El Siglo*, 27 de marzo de 1953.

<sup>14</sup> *El Espectador*, 26 de marzo de 1953.

<sup>15</sup> Pablo Torres. *Colombia en la Guerra de Corea*, 148.

la posición en manos de los comunistas. Este bombardeo arrasó con todo el cerro, impidiendo el reconocimiento posterior de las víctimas. El cómputo final oficial de bajas es de 222, con 95 muertos, 97 heridos y 30 desaparecidos en acción, casi el 60% de las bajas de la campaña en Corea.<sup>16</sup>

Noval fue llevado con otros prisioneros a un campamento del enemigo. Allí se evidencia la ruptura de rango entre los prisioneros: había oficiales e inclusive capellanes en la misma situación, vestidos con prendas chinas. El soldado fue luego conducido a un hospital, donde se encontró con los otros dos prisioneros colombianos, Benedicto Silva y Álvaro Robayo. Luego del armisticio de julio de 1953, los prisioneros fueron liberados. En total, en el grupo de Noval había veintiún colombianos. A “Cantinflas” le llegaron incluso a proponer sus captores que se quedara con ellos y que lo ayudarían a instalar en China. “Yo tenía mis compañeros, mi madre y mis hermanos en Colombia, y aunque pensé quedarme, a las 12 del día 31 de julio [de 1953] salimos en una ambulancia muy lujosa”.<sup>17</sup>

Estos relatos, de finales de la década de los cincuenta, hablan del soldado en otra dimensión, más activo, participativo, con temores, angustias y preocupaciones. No era el soldado antes de ir a la guerra del capítulo I, que la veía con cierta inocencia, romanticismo e incertidumbre. No era quien

---

<sup>16</sup> Gabriel Puyana García y Alberto Ruiz Novoa. “El Cruento mes de marzo de 1953: Operación Bárbula, Dale y Old Baldy”, en *En Corea por la libertad y la gloria*, 343.

<sup>17</sup> Pablo Torres. *Colombia en la Guerra de Corea*, 159.

decidía la batalla, ni el protagonista del relato, pero tampoco dependía de órdenes de superiores para actuar. En estos testimonios recogidos por Torres Almeyda la participación de los oficiales es mínima, y solo aparecen como referencia a la unidad a la que pertenecían los soldados o como personajes circunstanciales.

En 1974, Alejandro Martínez Roa publicó sus memorias en el libro *Sangre en Corea*. Martínez participó como soldado raso en la guerra y recibió la Estrella de Plata de los Estados Unidos como condecoración. Oriundo de Santander, se presentó en 1950 en Puerto Wilches a un reclutamiento militar. En 1952, hallándose en Cartagena, fue trasladado a la Escuela de Infantería en Bogotá, para formar parte del Batallón Colombia. Hizo parte del 7º relevo, que partió ese mismo año hacia Corea. En Roa encontramos un relato sólido de alguien que no quiso ir a la guerra, pero que no ha sido usado como fuente por los historiadores:

Recuerdo que al principio no quería ir a la guerra. Una vez allá en Usaquén, traté de fugarme, pero fui aprehendido. Me castigaron severamente y en total desnudez pasé una noche horrible en el “calabozo”. Al día siguiente, después de una dura reprimenda, me mandaron a la fila, pero pronto vino mi resignación.<sup>18</sup>

---

<sup>18</sup> Alejandro Martínez. *Sangre en Corea: un infierno vivido en la guerra: Historia del Batallón Colombia, relatos personales*. Bogotá: Gráficas Nuevo Mundo, 1974, 125.

Los historiadores, como vimos en el capítulo anterior, han usado relatos de algunos oficiales para criticar la conformación del Batallón. No obstante, ninguno ha usado este texto donde aparece alguien que no quería ir, pero no por un motivo político, sino personal. Martínez destaca el papel heroico que desempeñaron quienes fueron a Corea, aunque con un matiz que no se ve en los relatos de los oficiales: este soldado reniega de la guerra y la critica; no la glorifica. Al igual que en los relatos anteriores, los oficiales tampoco son los protagonistas principales. Martínez también participó de las batallas del Cerro 180 y de Old Baldy.

El relato de Old Baldy comienza en la madrugada de 10 de marzo de 1953 y se centra en destacar aspectos relativos al ambiente: “Era un verdadero infierno. Lamentos, estallidos de granadas, bombas de todo calibre, chinas y nuestras, en furiosa combinación”.<sup>19</sup> Los protagonistas son el cabo Lasmillas, abaleado en una acción suicida donde enfrentó solo a un grupo numeroso de chinos, y los soldados que se arriesgaron a salvarlo, que aparecen anónimos en el relato. Luego de la operación, Martínez, que trabajaba como radiooperador, fue seleccionado para ir al frente a rescatar unos cadáveres en posición misteriosa sobre el cerro. Al llegar al lugar, en “tierra de nadie”, se aproximó a uno de los cuerpos que identificó como el soldado Gustavo González. Dentro de su vientre halló un bulto lleno de hojas con propaganda en inglés y en chino. Mientras rescataba los cuerpos, los chinos detectaron su posición y comenzaron a atacar la patrulla.

---

<sup>19</sup> Alejandro Martínez. *Sangre en Corea*, 129.

Martínez hace una reflexión, en este punto, sobre la guerra, que deja ver en claro una crítica a las jerarquías:

Esa es la guerra. Las víctimas son siempre jóvenes. La muerte llega de improvisto sin esperarla [...] es la violencia desatada contra todos. Escasamente se sabe en el frente el porqué de una conflagración. En ello juegan intereses políticos, geográficos, religiosos, amparados siempre por decisiones tercas de gobiernos y de gentes que nunca van a luchar en las trincheras. Es el castigo del hombre.<sup>20</sup>

La descripción de los campos de batalla no es la epopeya del teniente Francisco Caicedo, sino dantesca. En una zanja encuentra el cadáver de un soldado con su mismo apellido, desfigurado. Era Antonio Martínez, quien había formado a su lado siempre. Siente náuseas y asco. A los pocos días, Martínez y su contingente se dirigen hacia la zona de Old Baldy, después de haber sido bombardeada por los aliados en el desesperado intento por recuperarla de manos chinas. Allí son encontrados, en los escombros, un soldado vivo y otro muerto, que son llevados a la retaguardia. Otro soldado, Jesús Lucero, de Bogotá, es hallado por una patrulla mientras caminaba perdido y aturdido en las laderas del cerro. Otro de los cadáveres era un soldado, un campesino, de acuerdo a su identificación.

Estas dos batallas son descritas de una manera diferente de lo que los oficiales narraban. No son la compañía “A” o

---

<sup>20</sup> Alejandro Martínez. *Sangre en Corea*, 139.

“B”, liderada por este o por aquel, sino son relatos que incorporan elementos narrativos diferentes, que inclusive no tienen que ver con el teatro general de las operaciones o de la guerra. Es un relato que habla de la experiencia personal. El oficial en retiro Francisco Caicedo, autor de *Banzay*, se refirió posteriormente a este libro como “muy pobre en cuestiones históricas”.<sup>21</sup> No cuenta esa gran historia sobre sucesos y acontecimientos de grandes hombres, que en Caicedo y los otros oficiales serían los líderes de las unidades militares, generales, tenientes y capitanes que dirigían las tropas, apoyados por soldados idealizados. Martínez Roa habla sencillamente de su experiencia en la guerra, de su niñez y de algunas concepciones políticas personales, en un relato a veces desordenado.

En *Sangre en Corea* aparece el batallón en una dimensión no militar. Se ven fotos de los soldados jugando fútbol o cantando. No son las imágenes que salen en la prensa y otros textos militares donde los soldados siempre están en actitud marcial, en entrenamiento o en combate. También recopila algunos testimonios breves de soldados, como por ejemplo el de Inocencio Báez Cruz, de Boyacá, perteneciente al primer pelotón y quien luchó en la batalla de “El Chamizo”. En el relato de Báez encontramos las formas narrativas de los oficiales, donde destacan los tenientes que participaron, y una breve descripción de la batalla. Él se encontraba en las trincheras de Kumsong, donde fue herido

---

<sup>21</sup> Entrevista Francisco Caicedo, 15 de julio del 2012.



y quedó inconsciente, para luego despertar en una camilla sin su brazo: había sido amputado.<sup>22</sup>

Pasarían unos años más para que otro relato de un soldado fuera publicado. En las páginas de la revista *Correo de Los Andes*, dirigida por Germán Arciniegas, aparecieron una serie de artículos escritos por Isaac Vargas Córdoba, soldado raso del tercer batallón, quien viajó en el 7º relevo que llegó a Corea. Su primer texto publicado fue “Los colombianos en Corea”, en 1986. Este era un extracto de sus memorias, aún inéditas, donde describe su participación en la batalla del Cerro 180.<sup>23</sup> Este relato menciona a oficiales, suboficiales y soldados que participaron en la batalla, como protagonistas: allí son importantes las órdenes del comandante del pelotón, el teniente Andrade y las del comandante de su escuadra, el cabo Hernando Lamilla, del mismo modo que las acciones de armas de soldados como Zamora, Díaz o Marroquín. Sin embargo, el peso del relato está en su propia experiencia. Vargas y Marroquín se posicionaron en medio del intercambio de fuego entre tropas chinas y colombianas, en medio del caos del asalto. Vargas le dijo a su compañero: “Disparemos desde aquí; cuando usted corra hacia atrás para cargar su fusil, yo disparo; pero cuando yo lo haga usted dispara”.<sup>24</sup> Una vez más, son los soldados quienes se organizan en medio del combate, donde la estructura militar se fragmenta debido al

---

<sup>22</sup> Alejandro Martínez. *Sangre en Corea*, 194-195.

<sup>23</sup> Isaac Vargas. “Los colombianos en Corea”. *Revista Correo de Los Andes*, N° 36 (enero-febrero, 1986): 54-58.

<sup>24</sup> Isaac Vargas. “Los colombianos en Corea”, 57.

fragor del enfrentamiento. Marroquín queda inmóvil, lleno de sangre. Luego, en medio de la lluvia de fuego, oye a Lamilla gritar. Va a rescatarlo y de repente todo comienza a dar vueltas. Pierde el conocimiento. Lo recupera y ve todo rojo: había sido herido de gravedad. Sus compañeros lo evacúan de emergencia en un tanque oruga que es atacado en la huida. Vuela por los aires junto a los demás heridos y, como puede, llega al puesto de sanidad de la Cruz Roja, donde es recibido por el coronel Rubiano Groot, médico del Batallón, antes de desmayarse en sus brazos. Recupera momentáneamente el conocimiento, para recibir la absolución del capellán del Ejército que iba con ellos. Vuelve a quedar inconsciente.

Vargas escribió otros textos en esta misma revista. Un año después, habló sobre la guerra, criticando la falta de reconocimiento hacia los soldados:

La juventud colombiana caída en Corea fue indemnizada con dos, cinco o diez mil pesos. Valía más el equipo personal, la munición o el fusil. No con gratitud recordatoria, con sentimientos de reconocimiento. No tiene valor o importa poco la muerte de jóvenes del campo, de la ciudad, analfabetos y alpargatones. Con este barro social se moldea el soldado desde la época de la independencia. Es materia prima silvestre, barata. La tiranía azul de rezo, machete y plomo, y luego la injusticia social, la impunidad y la inmunidad de los perversos dirigentes, lo han utilizado a bajo costo [...] Los muertos por la patria se consideran elementos sobrantes de la sociedad. Colombia no ha reconocido el heroísmo a los soldados caídos en Corea. Por

el contrario, insultos han salido de congresistas desde el propio Capitolio Nacional.<sup>25</sup>

Vargas publicó sus memorias en 1991 bajo el título de *La democracia traicionada*. El prólogo del libro fue escrito por Germán Arciniegas y permite entender por qué Vargas publicó algunos artículos en *Correo de los Andes*. Arciniegas, en su calidad de director de esta prestigiosa revista, lo conoció en un viaje de Fusagasugá a Bogotá. En ese momento el exsoldado llevaba once años al frente de una panadería llamada *El Arbolito*, que Arciniegas describe que surgió como consecuencia de la experiencia que tuvo Vargas en la guerra, donde aprendió la disciplina y a no rendirse; de allí el éxito de este negocio que llegó a distribuir productos en diferentes supermercados.<sup>26</sup>

Hasta esta obra, ninguna memoria o libro, ya sea escrito por oficiales o soldados, había mostrado una crítica política tan fuerte. Vargas comienza su libro con la descripción de su juventud en el Huila, principalmente en la ciudad de Neiva, durante las sangrientas disputas partidistas. Allí muestra los excesos de esa lucha, haciendo énfasis en las consecuencias del 9 de abril con el asesinato de Gaitán y de la votación del 27 de noviembre de 1949, cuando salió elegido como presidente Laureano Gómez. Estos antecedentes tienen una

---

<sup>25</sup> Isaac Vargas. "Diferencia bélica entre Colombia y Corea". *Revista Correo de Los Andes*, N°. 45 (junio-julio 1987): 81-82.

<sup>26</sup> Germán Arciniegas. "Prólogo", en Isaac Vargas. *La democracia traicionada*. Bogotá: Tercer Mundo, 1992, 12.

intención narrativa clara y es, como venía haciendo en sus artículos, acusar a los políticos, especialmente a los conservadores, en cabeza de los “dictadores” Mariano Ospina y Laureano Gómez. Su decisión de ir a la guerra surge como un escape a esta situación, lo que le llevó a presentarse con apenas dieciséis años al cuartel como voluntario, aunque pensó en desertar durante los entrenamientos en Bogotá.

Este relato de Vargas añade información sobre cómo eran los soldados que combatieron en Corea, en aspectos como el vestuario para invierno: un pantaloncillo corto y uno largo de algodón; pantalón de paño y nailon para que no se pegara a la nieve; medias y botas de lana; camiseta de algodón manga larga; camisa de paño; chaleco antibalas; dos bandoleras con proyectiles; cuatro granadas de mano; cinturón con munición; gorra de pelo hasta la barbilla; casco de fibra y acero; fusil M-1 con bayoneta; y guantes de cuero.<sup>27</sup>

Su relato de la batalla del Cerro 180 es muy similar a la que apareció en el artículo cuatro años antes de publicar su libro. El libro describe con detalle qué pasó con Vargas luego de ser herido, aspecto apenas mencionado en los artículos precedentes. Vargas recibió un impacto de bala en su rostro y debió ser trasladado a un hospital militar. Fue llevado a Houston, en Estados Unidos, donde fue tratado de sus heridas. El Gobierno estadounidense no se hizo más cargo de sus gastos médicos, por lo que Vargas fue sacado por la fuerza del centro de rehabilitación y enviado a Colombia en avión. Al llegar, fue recogido por un volquetero, junto con otros

---

<sup>27</sup> Isaac Vargas. *La democracia traicionada*, 103.

dos soldados, y llevado a un centro médico en el barrio San Cristóbal, en Bogotá. Según el relato, fueron tratados peor que quienes fueron hechos prisioneros en los campos chinos. Los soldados que estaban junto a Vargas fueron dados de baja del Ejército arbitrariamente y tuvieron que luchar contra oficiales indolentes a quienes les importaba poco su situación de salud. El autor recoge historias de algunos soldados, por ejemplo, la de uno que había perdido un ojo, le dieron de baja por supuesto mal comportamiento y apareció luego ahorcado cerca de la clínica. Otro apodado *Pachito*, quien perdió las piernas en la guerra y fue encontrado por Vargas después pidiendo limosna en un carrito de balineras.

El autor hace una defensa de la democracia como sistema político y es el motivo que más aclama para justificar la participación de Colombia en la guerra. No obstante, critica incisivamente a Laureano Gómez y a los dirigentes colombianos, con ideas como que la guerra fue una excusa para deshacerse de militares de carrera que eran liberales, llegando a insinuar que aquel Ejército era una herramienta de avanzada de los conservadores.<sup>28</sup> Ese sistema político, corrupto, es para Vargas la causa de que no haya monumentos ni placas que conmemoren su participación en el conflicto coreano. El soldado aparece como una víctima de un partido político, que tuvo que arreglárselas como pudo para sobrevivir. Más adelante volveremos a su historia, que cambiaría en ciertos aspectos veinte años después.

---

<sup>28</sup> Isaac Vargas. *La democracia traicionada*, 145.

La obra que cierra el ciclo de textos publicados por los soldados es *Corea del Norte, 1951-1952*, de Fabio Botero López. El autor nació en Sevilla, Valle del Cauca, el 19 de abril de 1931. Estudió en Manizales, Caldas e ingresó al Ejército como “voluntario”, puesto que no tenía \$ 35 que costaba la libreta militar.<sup>29</sup> Esta obra fue ganadora de un concurso literario del departamento de Caldas, bajo la modalidad de testimonio, y fue publicada en el 2001 por la Gobernación del departamento.

El escrito inicia con una crítica a quienes dicen que los combatientes fueron “carne de cañón”. Botero asevera que en el lado estadounidense murieron 50 000 hombres, mientras que colombianos apenas murieron 200.<sup>30</sup> Este texto, sin embargo, no es una apología. El soldado aparece en una faceta que molestaría a los oficiales: el soldado rebelde.

La faceta rebelde se puede ver en la descripción de un hecho que podría considerarse aislado dentro de las narrativas clásicas de la guerra, es decir, las batallas. Botero relata que se encontraba haciendo labores de patrullaje en el frente, en la región montañosa norcoreana de Igil-Li, en algún momento de 1952. El subteniente Héctor Sanabria le informó que tenía que ir con una patrulla de observación. El mismo Botero, en la madrugada del día de la operación, le pidió al oficial un intercambio de armas: el fusil del soldado por la

---

<sup>29</sup> Fabio Botero. *Corea del Norte, 1951-1952: vivencias de un soldado colombiano agregado al Ejército de las Naciones Unidas*. Manizales: Fondo Editorial de Caldas, 2001, 26. Botero hizo parte del segundo Batallón, al mando del teniente coronel Alberto Ruiz Novoa.

<sup>30</sup> Fabio Botero. *Corea del Norte*, 25.

carabina automática .30, con cinco proveedores de 30 balas. Esta decisión, indica Botero, salvaría su vida.<sup>31</sup> Acá vemos una actitud donde es el mismo soldado quien toma la iniciativa, por encima a las jerarquías. Pero aún hay más.

La patrulla era comandada por el sargento segundo Salta-ren Roque. Botero cumplía las funciones de radio-operador. Después de hacer un reporte, hacia las diez de la mañana, las fuerzas enemigas los atacaron. El sargento Roque dio la orden de retirarse ante la embestida, pero Botero quedó aislado. Trató de usar su radio, pero este fue hecho añicos por el fuego de las Thomson de sus rivales. Un soldado norcoreano se aproximó y Botero le disparó, escondido. Otros dos se aproximaron a ayudarlo, y mientras lo sacaban de la zona, el soldado colombiano apuntó hacia las granadas de mano que cargaban. El objetivo estaba a diez metros de distancia, pero Botero no falló: “la explosión hizo desaparecer de mi vista a los tres soldados enemigos convertidos en fragmentos que volaron en todas direcciones”.<sup>32</sup>

Al darse vuelta, Botero se dio cuenta de que estaba solo y sus compañeros habían emprendido la huida. Sobre su posición llegó gritando y disparando un oficial enemigo. Botero giró rápidamente y le disparó una ráfaga que lo envió hacia un precipicio que había atrás. Después apareció otro soldado armado con un fusil, al que le disparó y por la violencia del

---

<sup>31</sup> Fabio Botero. *Corea del Norte*, 105.

<sup>32</sup> Fabio Botero. *Corea del Norte*, 109. Es notorio que Botero se refiere a sus rivales como norcoreanos, mientras que los demás veteranos, tanto soldados como oficiales, en sus textos y relatos orales, los llaman chinos.

impacto lo envió también hacia el abismo. Botero salió de la roca donde estaba oculto para buscar un lugar seguro, justo segundos antes de que cayera allí una lluvia de granadas. En la huida disparó a unos soldados más y se lanzó sobre la cañada, para dar contra unas rocas, y esperó a ver si bajaba alguien por ese barranco. Al rato, avanzó sangrando por el pequeño valle al fondo de la cañada, y se encontró con un oficial armado. Frente a frente, el norcoreano le disparó con una pistola y lo arrojó al suelo. Al acercarse el enemigo a verificar, Botero apretó su gatillo y le dio de lleno en el pecho: el chaleco antibalas que usaba lo había protegido.

Botero da cuenta de un detalle, fuera del romanticismo de las narrativas anteriores. En los otros relatos, la actitud de los colombianos hacia los enemigos se había destacado, especialmente en los buenos tratos a los prisioneros. Aquí, en el relato de Botero, se ve una dimensión de la guerra sin formalismos. Botero se recuperó y se dio cuenta de que tenía algunos huesos rotos, pero que el chaleco lo había protegido. Se acercó al oficial enemigo malherido y, pensando en que si lo dejaba vivo sería un problema, se acercó y le dio un tiro de gracia en la nuca.

Maltrecho, continuó avanzando en territorio hostil. En el camino encontró a un compañero herido, Darío Torres, con quien había compartido su almuerzo antes de que los atacaran. Botero se arriesgó a rescatarlo, temiendo que hubiera una emboscada. Al soldado Torres le sangraban los pies y tenía torniquetes puestos. Juntos intentaron avanzar, pero las heridas de Torres no les permitieron continuar, por lo que Botero dejó a su compañero con su arma, mientras iba



por ayuda. Al regresar al campamento lo recibieron con una Coca-Cola, mientras les decía que había que ir por Darío. Acá vemos al narrador en una faceta de soldado rebelde. Un oficial entra y dice: “Nadie puede moverse allá sin una orden del comando de la compañía; debemos esperar órdenes para saber qué hacer”. Botero solicitó a sus compañeros, en voz alta, una carabina .30, que le fue suministrada por un cabo primero, un superior. El oficial se le acercó y le dijo: “¡Soldado! No hay orden de que nadie abandone las posiciones, y yo tampoco se la voy a dar. ¡Si sale hacia allá, se expone a un consejo de guerra!”. Botero se le puso en frente y le contestó: “Yo estoy patrullando mi \*\*\*\* [insulto omitido en el original] y no necesito ordenes tuyas ni de nadie para ir a rescatar a mi compañero malherido [...] La única forma que usted tiene para imponérmelo es pegándome un tiro aquí mismo ¡No sea tan pendejo!”. Lo empujó y salió del búnker.<sup>33</sup>

El relato finaliza cuando los camilleros se fueron detrás de él para ir a salvar al soldado Darío Torres, que se recuperó posteriormente en Estados Unidos, donde le reconstruyeron las piernas. Botero fue convocado por el comando del Batallón y no le creyeron el relato. Un oficial colombiano lo acusó por perder el radiotransmisor. En la carpa estaba presente un mayor estadounidense que le preguntó, en inglés, qué había sucedido. Al oír su versión, el estadounidense regañó a los oficiales colombianos y les obligó a que le pidieran disculpas. El oficial implicado miró a Ruiz Novoa, en busca de

---

<sup>33</sup> Fabio Botero. *Corea del Norte*, 124. El autor prefiere no dar el nombre del oficial.

ayuda, pero él le ordenó seguir la línea de mando del Ejército de las Naciones Unidas. Botero no recibió ninguna medalla por esta acción de guerra. Es interesante el balance final que hace sobre las motivaciones del soldado, que difieren de la mayoría de relatos hasta ahora analizados:

Ver peligrar la vida de un compañero enardece los sentidos y elimina cualquier impulso de supervivencia; se pierden automáticamente los sentimientos de la propia seguridad y aflora el desprecio absoluto por la vida [...] no creo que una acción valerosa efectuada por un soldado se deba a su amor por la patria, o el deseo de emular los héroes nacionales que le precedieron, o porque desea una condecoración, o porque añora que en el futuro lo califiquen de héroe. [...] Les pido mil perdones a todos los que anteriormente han utilizado en sus escritos términos como: heroísmo, valor y abnegación. A partir de este punto voy a permitir reemplazarlos por: compañerismo y solidaridad.<sup>34</sup>

Una bofetada a la narrativa defendida por los oficiales. Botero no hizo carrera militar. Se licenció como técnico en telecomunicaciones y trabajó en mantenimiento de equipos por casi cuarenta años. Al no seguir vinculado al Ejército, Botero no reprodujo el lenguaje heroico e idealista que aparece en los escritos de los oficiales de carrera del capítulo II. Si se compara con otros escritos, y a falta de un testimonio

---

<sup>34</sup> Fabio Botero. *Corea del Norte*, 97-98. Llega incluso a cuestionar la idea de “patriotismo”.

del mismo Botero de la época de la guerra, se puede pensar que esta visión es una *composición* que surge décadas después de participar y cuando ya no hay vinculación con las Fuerzas Armadas ni ningún interés de por medio, ni presión por parte de la institución castrense.

Estos libros de los soldados contienen elementos sobre la vida de campaña que son de mucho interés para la historia militar. No obstante, los historiadores no los citan. Los libros de Isaac Vargas y Fabio Botero no aparecen referenciados en ninguna bibliografía sobre la guerra.<sup>35</sup> El libro de Alejandro Martínez Roa apenas es mencionado en algunos apartes, al igual que el relato de Pablo Torres. Incluso, algunos investigadores los han desestimado abiertamente, entre ellos Adolfo Atehortúa, quien sostiene que son “ensayos lisonjeros que siguen considerando a las Fuerzas Armadas como actor independiente y anterior al Estado Nacional, alimentando su impermeabilidad frente a la influencia civil en general, alabando su existencia y dignificando sus operaciones”. El autor se refiere a todos los escritos de los militares. Sin embargo, la falta de una lectura profunda de todos los escritos le lleva a considerar que todo el pensamiento de estos excombatientes es monolítico, rígido y empapado de un lenguaje militar unívoco.<sup>36</sup>

Estos escritos de los soldados rasos cuentan con una gran riqueza para analizar ciertos aspectos de la vida militar. Un

---

<sup>35</sup> Bárbara Skladowska referencia brevemente los artículos de Isaac Vargas que aparecieron en la *Revista Correo de Los Andes*.

<sup>36</sup> Adolfo Atehortúa. *Militares: otra visión, otros estudios*. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional, 2005, 16.

ejemplo puede ser el catolicismo y su influencia en el Ejército a mediados del siglo xx. Esto se puede ver en las diferentes prácticas, como las lecturas de misas o bendiciones antes de los combates, o la confesión de los pecados a quienes se encontraban al borde de la muerte, en la enfermería. Estos textos también permiten ver al Ejército desde una perspectiva diferente, ya que es el discurso de la tropa en primera persona. Allí se pueden observar construcciones e imaginarios sociales y culturales que la visión tradicional del Ejército como una institución total ha anulado. Las posibilidades son múltiples y dependen de la imaginación de los investigadores.

En el plano de las representaciones hechas de sí mismos por los soldados se puede apreciar un cambio, asociado a ciertas circunstancias históricas. En los escritos citados hay un interés por la reivindicación histórica y una lucha contra el olvido. Hay una crítica hacia una sociedad que no recuerda; una que no rinde de forma simétrica los homenajes que sí han recibido en Estados Unidos y Corea. Las entrevistas a profundidad del 2012 revelaron cómo esta tensión histórica se convirtió en parte esencial del relato de los soldados, que buscan definir su papel en la sociedad.<sup>37</sup>

“La historia que se ha contado es la de los oficiales”, afirma un soldado veterano. “Parece que ellos hubieran ganado

---

<sup>37</sup> Como se indicó en la introducción, la muestra total fueron doce veteranos, entre exsoldados y oficiales retirados. El objetivo no era recolectar una gran cantidad de testimonios para realizar un análisis cuantitativo, sino profundizar en varias sesiones con estos soldados su experiencia de la guerra, para comprender cómo funciona la *composición* del relato.

la guerra solos”.<sup>38</sup> Estos relatos muestran al soldado con un protagonismo mayor, además de un distanciamiento de los oficiales que participaron en la guerra. Por ejemplo, la descripción del cuerpo militar que hace Hernando Gómez Orduz, un enfermero perteneciente al tercer batallón, que luchó en Old Baldy:

Uno sabía quiénes eran los oficiales y los suboficiales, pero nadie tenía distintivo de nada. Todo el mundo vestía igual, comía igual, dormía igual, vivía igual. El único distintivo que nosotros teníamos era un equipo de sanidad colgado aquí atrás donde uno llevaba lo de primeros auxilios, y una cosita de pequeñas cirugías, donde tenía bisturí, pinzas, aguja, hilo para coser, aunque uno en combate no se ponía en esas exquisiteces.<sup>39</sup>

Hernando Gómez usa una versión del pasado donde hay una igualdad entre los miembros del Ejército. No se considera ni menos ni más: está en un mismo nivel, tanto participativo como de importancia. Después de la guerra los soldados dedicaban los textos a los oficiales. En el 2012, los entrevistados no tienen el mismo aprecio hacia ellos. En el relato que hace Gómez sobre Old Baldy en una entrevista reciente se puede apreciar una descripción de cómo imagina hoy el mundo militar este soldado:

---

<sup>38</sup> Entrevista a Pedro Monroy, 10 de junio del 2012.

<sup>39</sup> Entrevista a Hernando Gómez Orduz, 20 de junio del 2012.

El soldado tiene tres etapas muy características, por lo menos eso fue lo que yo pude experimentar. Hay una primera etapa cuando uno está recién llegado que es un recluta donde todo le asusta, y es medio torpe, no reacciona y la etapa donde uno tiene mayor peligro de que lo maten o de que lo hieran. Después viene una segunda etapa, tres meses después, donde empieza uno a entender todo: los ruidos, las situaciones, y empieza uno a obrar más suelto. A uno hasta le gusta el asunto [de la guerra] y uno puja un poquito más allá de las órdenes que tiene: es más arrojado. En la tercera etapa, ocho o nueve meses después, uno empieza a ser más cuidadoso. Eso no quiere decir que uno no haga lo que tiene que hacer. Lo que pasa es que no se expone tanto, y deja que los afiebrados — por llamarlos de cualquier manera — empujen, y es cuando a uno le entra la veteranía. En ese estado estaba yo cuando el asunto de Old Baldy. No es que uno no trabaje, no es que uno no haga las cosas, no. Lo que pasa es que las hace demasiado bien, demasiado técnicamente, automáticamente uno sabe qué es lo que tiene que hacer, hacia donde tiene que moverse, si tiene que disparar, dispara, sin exponerse demasiado.<sup>40</sup>

Esta división tripartita del esquema militar tiene gran relevancia al momento de describir las acciones durante la batalla:

---

<sup>40</sup> Entrevista a Hernando Gómez Orduz, 20 de junio del 2012.

[En Old Baldy] La mayoría estaba en la primera etapa eran reclutas, por eso hubo tanta, tantísima baja. Claro, había de todo, pero entonces uno tomaba prácticamente el mando por que la veteranía se respeta. Entonces, uno habla o da una orden siendo soldado, inclusive habiendo oficiales pero se respeta la veteranía. Muchas veces un oficial acataba una orden de un soldado antiguo por que le encontraba lógica, es que el proceso de maduración por llamarlo de cualquier manera de personal allá era conjunto, porque los oficiales cuando eran reclutas eran reclutas, y cuando eran veteranos eran veteranos, lo mismo los suboficiales. Yo vi en varias patrullas que salía uno de la línea a patrullar y de una vez el grupo que iba en la patrulla le decía al soldado fulano de tal que era un soldado totalmente veterano, totalmente lidiado. El oficial se quedaba callado y el soldado tomaba el mando.

Sebastián Quiroga: ¿Usted recuerda un caso específico de que el soldado dijo algo que el oficial o el suboficial acató?

Hernando Gómez: Sí, en muchas oportunidades.

Ese nivel de división interna, producto de unas lógicas de veteranía, sobrepasan en algunos momentos el esquema jerárquico planteado en la organización militar. Este aspecto puede servir para analizar la relación entre práctica y discurso militar. El soldado que lleva más tiempo en una situación bélica es quien tiene mando en algunas interacciones con los demás miembros del Ejército. Puede que en el esquema de mando se sigan unas ordenes — tácticas, estratégicas, de cargos, etc. —, pero en la vida cotidiana del campamento no

siempre existe la relación jerárquica directa para cualquier relación. En el relato del soldado Botero vimos cómo él le propuso a un oficial que cambiaran de armas. Esta nueva perspectiva sobre la jerarquía militar permite entender que esta institución no es tan rígida o monolítica como a veces se suele proyectar.

En Isaac Vargas, el veterano herido expulsado de Estados Unidos, es posible encontrar un cambio en la representación de la guerra, que se puede explicar por su presente. En sus primeros textos, de 1986, Vargas se muestra muy crítico de Laureano Gómez y la política conservadora. Veinte años después, sus acusaciones fueron dirigidas hacia otro lado, al hablar sobre el estado de los veteranos después de la guerra:

Hay una tradición [de desprecio hacia los veteranos]. Aquí el sistema colombiano es de traición. El 13 de junio de 1953 se tomó el poder, para evitar el desangre, para salvar el país el desangre que estaba envuelta la patria por la violencia. Se pacificó el país. Del 13 de junio de 1953 al 8 de junio de 1954, el país tuvo un año de paz. Se firmaron más de 52 convenios con todos los guerrilleros, liberales y conservadores. Todo el mundo quedó pacífico. No le reclamaron los llaneros, con Guadalupe Salcedo. No le reclamaron al país plata, ni casas, ni nada. Lo mismo los de este lado, los de Antioquia... ¡52 tratados!

El 8 de junio de 1954 la Universidad Nacional no tenía ninguna valla. Eran unas instalaciones completamente libres. Usted podía pasar por la universidad a cualquier



hora, por cualquier parte. A las 7 u 8 de la noche, cruzó un policía por la Nacional. Habían celebrado ese día el 25 aniversario de la muerte de un estudiante Bravo, 25 años antes una muerte accidental. Hubo desfile al cementerio, las ofrendas florales y todas las cosas. A las 7 de la noche pasa el policía por la Universidad Nacional, le salen unos estudiantes a desarmarlo. No se deja. Saca el revólver y le pega un tiro a un estudiante, Uriel Gutiérrez. Al otro día, la gran manifestación. 10 mil estudiantes de toda Bogotá en gran avalancha por la Carrera Séptima hacia el Palacio Presidencial. Sacan un pelotón de soldados del Batallón Colombia, que no habían ido a la guerra, a la calle 13 con Carrera Séptima. Porque cuando uno regresaba, todo el mundo quedaba licenciado. Los únicos que quedaban eran los oficiales y los suboficiales. Todos los soldados salíamos. Cumplida la guerra, tome, muchas gracias.

Sacan un pelotón de soldados de la escuela de infantería y resulta que son del Batallón Colombia. Los ponen en la Carrera Séptima. Vienen los estudiantes, gritándole abajos al Ejército, abajos a Rojas Pinilla [...] desafiantes. Según el general París, hubo un tiro de pistola que salió de un café que estaba en la esquina de la Calle 13. Los soldados se asustan y disparan sin orden del oficial y tumban nueve estudiantes. Ahí nace la dictadura. Ahora tienen ahí una placa que dice que los estudiantes murieron por oponerse a la dictadura, ¡si no había dictadura! La dictadura empezó ese día a las 11 de la mañana de la balacera donde murieron

los nueve estudiantes, en adelante, porque todo cambió. Los partidos políticos le voltearon la espalda al gobierno.

Nos sentenciaron a todos los veteranos de la guerra como los asesinos, que habíamos ido a Corea a padecer, para venir a matar la gente aquí en Colombia. Nos echaron la culpa a nosotros, y por eso nos han despreciado toda la vida desde entonces. Nos condenaron.<sup>41</sup>

Para Vargas es claro que esos estudiantes conformaron la clase política que después legislaría en el país, lo que llevó a que no se crearan leyes a favor de los veteranos de la guerra de Corea y a que no se los tratara con la misma dignidad que recibieron los veteranos en otros países. En el primer relato de 1986, la crítica se centraba en las políticas conservadoras de un periodo anterior a Rojas, como causa de los males que sufrirían los soldados después. Acá, hay un origen del problema (la masacre estudiantil) que se transformó en un odio de la sociedad colombiana hacia los veteranos de Corea. ¿Por qué cambiar su crítica, pasando de un cuestionamiento a una política de un grupo político en particular (el Partido Conservador) a los estudiantes y futuros legisladores del país?

La respuesta está en un aspecto que no parece tan evidente: la ausencia de una pensión para los soldados. Ninguna ley estipulaba que los soldados rasos recibieran una pensión después de la guerra. Fue después de muchos años, más de cincuenta, cuando los veteranos, ya de edad avanzada,

---

<sup>41</sup> Entrevista a Isaac Vargas, 25 de junio del 2012.

comenzaron a organizarse mejor para reclamar lo que consideraban un derecho. El presidente César Gaviria, a comienzos de los años noventa, se comprometió con un reconocimiento a estos soldados. No obstante, el Ministerio de Defensa no los apoyó porque no eran soldados de carrera. La asociación de veteranos oficiales, poseedores de pensión por derecho propio, apoyó este concepto del Ministerio.<sup>42</sup>

Los veteranos de la guerra de Corea, en un principio, formaron una asociación que agrupó a soldados y oficiales, en 1958.<sup>43</sup> No obstante, divisiones internas por el esquema de la organización produjeron un cisma: los oficiales querían que se mantuviera el mismo esquema de rango militar en los cargos de la asociación, arguyendo que tenían más vínculos con el gobierno, en tanto que los soldados querían un mayor protagonismo.<sup>44</sup> El resultado fue la creación de dos asociaciones de veteranos diferentes: Ascove (Asociación Colombiana de Veteranos de la Guerra de Corea), de los soldados, y la Asociación de Oficiales Veteranos de Corea. Esa división se acentúa en los relatos de la guerra, que se puede apreciar en los últimos testimonios.

Regresemos a la disputa pensional. La asociación de soldados veteranos buscó a través diferentes formas, en los últimos años, reivindicar las pensiones de sus agremiados, y

---

<sup>42</sup> *El Tiempo*, 19 de marzo de 1995.

<sup>43</sup> Ascove, *Nosotros*, Historia: <http://www.ascove.org.co/index.php/nosotros/historia> [consultado el 14 de noviembre del 2012]. El mayor Pedro Londoño Vega fue la principal figura en la parte de agrupación y jurídica para la conformación de la asociación.

<sup>44</sup> Entrevista a Hernando Gómez Orduz, 20 de junio del 2012.

como señala el artículo de prensa citado, no eran respaldados por los oficiales.

En el 2001 se aprobó la Ley 683 de 2001, que decreta lo siguiente:

ARTÍCULO 1o. La presente ley tiene por objeto establecer unos beneficios, en los términos y condiciones que más adelante se indican, a favor de los veteranos supervivientes de la guerra de Corea y el conflicto con el Perú. [...] ARTÍCULO 3o. Créase un subsidio mensual equivalente a dos (2) salarios mínimos mensuales legales vigentes, con destino a cada veterano de que trata esta ley, que se encuentre en estado de indigencia.<sup>45</sup>

En el 2007 se presentó el Proyecto de Ley N°. 096 de Senado y 153 de Cámara que buscaba modificar parcialmente la Ley 683 de 2001, para que hubiera un apartado especial para los veteranos de Corea. Este proyecto fue objetado por inconstitucional en el 2008 por el entonces presidente Álvaro Uribe Vélez por ir en contra de los artículos 46 y 355 de la Constitución Política, y consideraba suficiente lo establecido en la ley del 2001. Se mantuvo así la pensión solo para los soldados que vivieran en condiciones de indigencia.<sup>46</sup>

Hernando Gómez Orduz es actualmente el presidente de Ascove, en tanto que Isaac Vargas es un visitante constante

---

<sup>45</sup> *Diario Oficial* N°. 44 516, del 11 de agosto del 2001: [http://www.secretariassenado.gov.co/senado/basedoc/ley/2001/ley\\_0683\\_2001.html](http://www.secretariassenado.gov.co/senado/basedoc/ley/2001/ley_0683_2001.html) [consultado el 14 de noviembre del 2012].

<sup>46</sup> *Diario Oficial* N°. 47 052, de 16 de julio del 2008.

del lugar. El discurso de ambos, al igual que el de otros ex-soldados como Pedro Vergara, secretario de la asociación, van en la misma línea: la defensa del soldado raso y la reivindicación de su papel dentro del conflicto, como herramienta de lucha política. Esto no aparecía en los relatos de Vargas de los años ochenta, ni en el de algún otro soldado anterior a este periodo. El caso de Fabio Botero es particular, puesto que no tuvo vínculo con la asociación, por lo que en su narración no aparece este lenguaje político.

No solo es lenguaje, también acción. Isaac Vargas, con recursos propios y algo de ayuda del general Valencia Tovar, viendo la situación de los soldados y su falta de reconocimiento, mandó a hacer una placa conmemorativa. Escogió el costado de la Iglesia de San Francisco sobre la Carrera 7ª, frente al Banco de la República, en pleno centro de Bogotá. A unos pocos metros tuvo lugar la masacre estudiantil que él acusa de ser la causa de la animadversión hacia los veteranos. ¿Coincidencia? Esta pequeña placa, que pocos transeúntes se han detenido a observar, tiene grabados los nombres de los caídos en la guerra.

La lucha pensional de estos años ha llevado a cambiar la forma de interpretar la guerra y el papel del soldado en ella. En estos últimos relatos, la *composición* de la narración se ajusta a unas lógicas que permiten a Isaac Vargas y a Hernando Gómez conciliarse con el presente, uno donde ellos son miembros activos políticamente. La lucha pensional de los últimos veinte años se convirtió en un factor de reivindicación de la memoria de los soldados como protagonistas de la guerra, en contraste con una narrativa construida por los

oficiales que los invisibilizaba. Vargas construye monumentos públicos, ya que los otros están en el reino de los oficiales. Gómez, al igual que otros miembros de Ascove como Pedro Vergara, señala a través de los medios de comunicación, las injusticias de que han sido víctimas los veteranos. Al inicio del capítulo apareció la historia de Hernando Piñeros y su rescate por parte de los miembros de la asociación de veteranos. Una noticia que no solo muestra la situación presente de algunos de estos veteranos, sino que además evidencia las luchas por la memoria y la reivindicación de ciertos sectores de los soldados veteranos, que se sienten tratados injustamente por la sociedad y el Estado.

La composición de los relatos se convierte en una disputa de reivindicación entre el presente y el pasado. Mediante de estas estrategias de liberación narrativa, los soldados construyeron un relato que los constituye como verdaderos sujetos de la historia. Algunas historias son trágicas, como lo señala White.<sup>47</sup> Sin embargo, la dimensión de la narrativa es mucho más compleja, puesto que vincula una lucha entre un pasado hegemónico con las disputas del presente, como es la demanda por una pensión estatal y un reconocimiento por parte de sus conciudadanos. Quienes están ajenos a esas fuerzas opuestas organizan la trama del relato de una forma

---

<sup>47</sup> Hayden White. *Metahistoria*, 20: “las reconciliaciones que ocurren al final de la tragedia son mucho más sombrías; son más de la índole de resignaciones de los hombres a las condiciones que deben trabajar en el mundo. De esas condiciones, a su vez, se afirma que son inalterables y eternas, con la implicación de que el hombre no puede cambiarla, sino que debe trabajar dentro de ellas [...] Es una revelación de la naturaleza de las fuerzas que se oponen al hombre”.

que destruya y descodifique los cánones militares. Esta es la visión de Botero, que mediante la ironía muestra cómo él logró oponerse a las fuerzas que imperan en la guerra y logró resaltar que el soldado es el vencedor de la historia, más allá de la versión de los oficiales, según la cual eran quienes guiaban las tropas, o de académicos y literatos, donde eran víctimas, oprimidos arrastrados por el destino.

El 15 de agosto del 2012, el Ministerio de Defensa confirmó que Piñeros tenía derecho a su pensión. Sin embargo, no la recibirá directamente, sino a través de Ascove.<sup>48</sup> Esta es una victoria para la memoria de los soldados asociados. Fueron ellos quienes alzaron su voz mostrando la situación en que se encontraban los veteranos, por lo que el alto gobierno respondió de manera pronta, a conveniencia, puesto que los medios de comunicación comenzaron a buscar historias de veteranos viviendo en la miseria. La interpretación histórica cobra así relevancia en el presente. En este caso, se impuso la visión de la injusticia con los soldados veteranos (diferente a la de víctimas políticas que aparece en los académicos o de héroes patrios en los oficiales veteranos), y fue esta construcción del pasado la que llevó a que ayudaran a Piñeros, no solo el Estado, sino algunas otras personas. La narrativa histórica es poderosa puesto que produce una visión del pasado mediada según los intereses del interlocutor.

---

<sup>48</sup> *El Tiempo*, 16 de agosto del 2012.